

radas, hicieron una impresion indecible en Buondelmonti, á quien la joven quedóse viendo por largo espacio de tiempo y con cierta expresion de cariño, mezclado de burla y de lástima.

—Buondelmonti—continuó la señora Donati—puesto que has contraído compromiso con María Amidei, hija de Amidei, el más detestable de todos los gibelinos, es inútil que permanezcas aquí por más tiempo: esto ocasionaría más vivo dolor á Constanza. . . .

—¡Cómo! interrumpió Buondelmonti. ¿Esta bellísima jóven se interesa realmente por mi suerte? ¿Será posible?

—Desde niña estaba acostumbrada por su madre á ver en tí á su futuro esposo. Ultimamente, al través de sus celosías, ha espiado tus frecuentes paseos del Monte-Vechio á la calle de los Amidei. . . . Constanza te ama, y si quieres satisfacerte de ello, mírale el rostro.

En efecto, Constanza se había puesto como una amapola; mas por un movimiento casi instintivo en las mujeres. se echó el velo, y permaneció silenciosa y con los brazos cruzados.

—¡Constanza! exclamó Buondelmonti,

¿por qué me negáis ya la luz de vuestros ojos? Señora, añadió dirigiéndose á la madre, ¿por qué no me dijisteis antes todo esto?

—¡Qué quieres? Fué un error mío el callarme, y ahora lo conozco; pero ya es demasiado tarde. Desértate, desértate, Buondelmonti, de las filas del partido güelfo: la causa de la libertad no tiene atractivo para tí, desde que está contrapesada por la rica dote de la hija de un gibelino, celoso partidario del Imperio. ¡Lástima que hayan cesado las guerras con los emperadores alemanes, porque todavía pudieras tú distinguirte peleando contra milaneses y florentinos! Y después de una breve pausa, añadió, como hablando consigo misma: “Hé aquí la delicadeza y los escrúpulos de lealtad de los hombres. Buondelmonti se cree firme y eternamente atado á una palabra de casamiento, y no vacila, sin embargo, en desertarse cobarde y villanamente de las filas del partido güelfo. Es que el casamiento le proporciona ventajas de que carece y que no le puede dar su partido. Si yo fuera rica, sacrificaría hasta mi última y más insignificante propiedad, para juntar á mi hija una dote mayor que la de María

Amidei, y entonces, ¡adiós los escrúpulos y la fidelidad de Buondelmonti! ¡Pero soy pobre, aunque noble, querida hija mía, hermosa Constanza!”

La señora Donati era una víbora, y por medio de estas palabras, había introducido su veneno en el corazón de Buondelmonti, quien se vió humillado y afrentado por aquella terrible mujer. Iba á contestarle con todas las señales de la ira, cuando Constanza, apartando el velo, fijó en él sus ojos suplicantes.

—Idos, señor, le dijo. Toda explicación es ya inútil.

En medio de la lucha que Buondelmonti sostenía con sus opuestos sentimientos, invocó el recuerdo de su novia, y, haciendo un esfuerzo, salió de la casa de los Donati, permaneciendo por todo el resto de aquel día distraído, pensativo é irritado consigo mismo.

María Amidei se asomó repetidas veces á la ventana; pero la calle estaba desierta. Buondelmonti no parecía.

En la noche llamaron á la puerta de la señora Donati, y Buondelmonti se presentó en la sala, pálido y agitado.

—Sabía que volverías, dijo la dama, y dirigiéndose hácia un gabinete que comunicaba con la sala, gritó: ¡Constanza, Constanza!

La jóven apareció en el umbral de la puerta, vestida de blanco y coronada de flores. Su belleza era capaz de trastornar el juicio.

—Hé aquí á tu esposa, Buondelmonti: es güelfa como tú, te ama, y estrechará más y más los lazos que deben unirte con las familias de tu bando.

A estas palabras de la señora Donati, los jóvenes se abrazaron. Un sacerdote que se hallaba presente, murmuró algunas oraciones y les dió su bendición, ¡Buondelmonti y Constanza estaban casados!

La señora Donati había mandado espiar al güelfo, y teniendo noticia de su agitación durante el resto del día, preparó la escena que acabamos de describir. En diplomacia la señora Donati habría hecho avergonzar á Metternich y al conde Buol.

IV

¿Has visto, lector, alguna vez puesto en escena el magnífico drama de Goëthe, intitulado "Clavijo"? Si le has visto, ya tienes idea de los padecimientos de una joven enamorada y virtuosa á quien engaña su novio; del desaliento que se apodera de sus padres y hermanos, de la ira terrible que sucede al desaliento, y por último, de la sangre que viene á reemplazar las lágrimas y á lavar una afrenta en la opinión insensata del mundo, como si el verdugo no quedara suficientemente castigado con sus propios remordimientos, y como si pudiera caber afrenta para el corazón sensible y delicado que cree en los más nobles afectos y en las palabras más santas que se conocen en el idioma humano.

Buondelmonti no podía alejar de su imaginación á María llorosa y desesperada; pero Buondelmonti se engañaba respecto de las formas exteriores del dolor de su prometida esposa.

Pasaron uno, dos y tres días y Buondelmonti no se presentaba en la casa de los Amidei. María estaba inquieta y recelosa. En la mañana del cuarto día, que era el 1^o de Abril, reinaba un calor sofocante y las flores de su ventana se deshojaron todas á la primera ráfaga de brisa que sobrevino. Estaban secas porque la jóven había dejado de regarlas con agua, según tenía costumbre de hacerlo. Continuaba silenciosa y pensativa, en un rincón de su aposento, cuando se presentó el anciano Amidei, pálido como la muerte.

—¡Valor, hija mía! exclamó. ¡Buondelmonti es un villano, que no te merece!

—Todo lo preveo... todo lo sé. ¡Callaos, por piedad, si no me queréis matar!

El espanto se retrató entonces en las facciones del viejo. Tendió los brazos á su hija y la estrechó en ellos queriendo provocar su llanto y salvarla así de una crisis peligrosa; pero los ojos de María permanecieron secos, y cuando se separó de los brazos de su padre, los pómulos de sus mejillas habían recobrado la tinta rojiza de los días en que estaba enferma.

Aquella misma noche veinticuatro fami-

lias gibelinas se reunieron en la casa Amidei. Sabíase ya en toda Florencia la conducta desleal de Buondelmonti y el deseo de la venganza ardía en todos los pechos contrarios al partido güelfo. Amidei, en la mañana había enviado á desafiar al verdugo de su hija. Buondelmonti, por toda respuesta, partió su espada en dos pedazos y los envió al anciano, significándole así que no se batiría con él.

La muerte de Buondelmonti quedó acordada por las veinticuatro familias gibelinas reunidas en la casa de Amidei.

María lo sospechó así y escribió al güelfo un billete que contenía estas solas palabras: “Alejaos de Florencia porque se os busca para mataros.”

Amidei interceptó el billete y lo leyó. “Noble y hermoso corazón, exclamó, tú no conseguirás salvar á tu asesino; pero Dios, á cuyo seno presto debes volar, tendrá en cuenta esta buena acción tuya.”

V

Si las almas del temple de la de Buondelmonti son capaces de experimentar alguna cosa semejante al amor, esta cosa era experimentada por el güelfo en los primeros días que pasó al lado de su esposa. Constanza Donati, cuya belleza le había deslumbrado completamente, no poseía el excelente corazón ni el elevado espíritu de María; pero contaba con otras cualidades que, según hemos dicho, prefiere más generalmente el mundo, y que por más vulgares se hallaban al alcance de la apreciación de Buondelmonti. Podría argüir mucho contra el orgullo y la delicadeza de carácter femeniles, el modo con que se llevó al cabo su matrimonio, si no atendiésemos á la corta edad de Constanza, quien no contaba diez y seis años, á los grandes intereses de partido puestos en juego, á la afición que de meses atrás la señora Donati había sabido crear en el corazón de su hija hacia el joven güelfo, y, por último, á la persuasión

hábilmente infundida á Constanza, de que María Amidei distaba mucho de poseer el amor de su prometido, siendo un casamiento de conveniencia el que ambos iban á efectuar. La señora Donati no quiso fiar el buen éxito de sus planes á los afectos del joven excitados por las circunstancias ordinarias de la vida; quiso más bien jugar el todo por el todo, recurriendo á un medio audaz y desesperado, cuyos efectos hemos visto. Aparte de que la pobreza era el actual patrimonio de la noble familia de los Donati, y por lo mismo, Constanza no podía presentarse en las tertulias y espectáculos públicos de Florencia, la madre evitó cuidadosamente que Buondelmonti conociera á su hija antes del momento decisivo, convencida por sus instintos de mujer, de que la impresión sería más viva cuanto mayores fuesen la novedad y el asombro que los atractivos de Constanza causasen al güelfo. Por lo demás, aun cuando la joven hubiera abrigado algunas dudas relativamente al cariño de su esposo, se habrían desvanecido con los testimonios de amor que continuamente recibía. Buondelmonti, avergonzado de sí mismo, para acallar los gritos de su

conciencia y alejar de su memoria la imagen de María, ni por un instante se separaba de Constanza. Sentado á sus pies y apoyando su cabeza en las manos de la joven, que jugaban con los negros rizos de su cabello, formaba planes de vida que se complacía en sujetar á la aprobacion de su esposa. Terminada la celebración de sus bodas, debían pasar á residir algún tiempo en Milán, á cuyas inmediateces Buondelmonti poseía una hermosa finca rural. Aunque casados cuatro días antes, las fiestas no debían tener lugar sino el próximo domingo de Pascua, y estaban invitados á ellas muchos magistrados de Florencia y los nobles pertenecientes al partido güelfo, quienes habían colmado de regalos á Constanza.

El domingo de Pascua amaneció alegre y sereno. Desde temprano ambos esposos acudieron á oír misa en la iglesia de Santa-Croce, inmediata al Ponte-Vechio, misma en que se conocieron Buondelmonti y María Amidei. Cuando, terminado el santo sacrificio y al retirarse la concurrencia, aquel ofreció á Constanza el agua bendita, un amargo recuerdo atravesó su corazón, y la imagen de María, á quien dirigió en este

mismo sitio las primeras palabras de amor, música dulcísima á los oídos de la desventurada jóven, se presentó á su espíritu bajo las formas espantosas del remordimiento.

Las fiestas debían comenzar por una lucida cabalgata para dirigirse al extremo opuesto de Florencia, donde vivía el magistrado que apadrinó el casamiento, y en cuya casa iba á tener lugar el festín.

De vuelta de la iglesia, los esposos hallaron reunidos á todos los nobles de la comitiva: pafaban impacientes los coreeles en el patio de la casa, y Constanza apenas tuvo el tiempo necesario para vestirse un traje conveniente. Cuando reapareció en el patio dispuesta á montar, Buondelmonti alargó su diestra para que sirviera de estribo al diminuto pié de la joven, quien, dando un ligero salto, se colocó en la silla.

Púsose en marcha toda la gente. Constanza y su marido abrían la comitiva: seguíanlos la señora Donati y muchas damas principales de Florencia, parientes ó amigas suyas; iban á lo último multitud de jóvenes nobles güelfos, amigos de Buondelmonti. El día, según hemos dicho, estaba alegre y sereno. Las torres de las

iglesias se alzaban sobre los edificios de la ciudad bajo el azul de un cielo sin nubes. La brisa de la mañana agitaba el velo de Constanza, entregada exclusivamente al placer que le causaba la fogosidad de su palafren blanco como la nieve.

Buondelmonti aproximó aun más su caballo para decirle: “Tu velo actual con que juguetea el viento ocultando tu rostro y descubriéndole alternativamente, me recuerda el momento en que te conocí, Constanza mía; el momento en que tu madre, quitándote el velo, hizo aparecer á mi atónita vista esas facclones de ángel.”

Constanza suspiró de placer y adelantó ligeramente su caballo.

A la sazón llegaba la comitiva á una de las extremidades del Ponte-Vechio. Un grupo de hombres decentes ocupaba gran parte de la calle. La señora Donati distinguió entre ellos á algunos nobles gibelinos y se estremeció involuntariamente. Enrique d’Arezo, pariente inmediato de los Amidei, separándose del grupo, se adelantó con rapidez y detuvo de la brida el caballo de Buondelmonti, diciendo á éste: “Tengo que hablaros.”

Buondelmonti por un solo momento permaneció estupefacto, mirando á Enrique, y luego exclamó: “Soltad. No es esta ocasión de hablarnos.”

No parecía dispuesto Enrique á obsequiar la indicación de Buondelmonti, y, por lo mismo, éste clavó repentinamente sus acicates al caballo, que partiendo con fuerza, derribó á Enrique sobre la calzada. La cabeza del joven d’Arezo retumbó contra las piedras, y por boca y nariz començáronle á salir ríos de sangre.

Buondelmonti, arrebatado por la violencia de su caballo, fué á caer al pie de la estatua de Marte, situada en el centro del puente. Las señoras de la comitiva prrumpieron en gritos de espanto. Una mujer que salió repentinamente de una puerta inmediata, trató de interponerse entre Buondelmonti y sus asesinos; mas era tarde: el puñal de un noble, contrario suyo, había quedado clavado en su corazón. El güelfo, por algunos instantes, se agitó con las convulsiones de la muerte, y en seguida quedó inmóvil en el suelo, y en medio de un charco de sangre.

La mujer que había tratado de salvar-

le, se arrojó sobre el cadáver, cerró sus ojos y le estrechó silenciosamente en sus brazos.

Los gibelinos habían desaparecido.

Las señoras y los nobles de la comitiva se desmontaron y formaron círculos al rededor del grupo. Constanza se adelantó bañada en lágrimas. Cuando en la mujer, desconocida hasta entonces, reconoció á María Amidei, todo lo comprendió. Arrodillóse al lado del cadáver de Buondelmonti, y alzando la vista hacia María, que estaba en pie, pálida y con los ojos extraviados, murmuró estas palabras:

—¡Perdón para él y para mí!

María se quitó su velo blanco y le extendió sobre el cuerpo ensangrantado de Buondelmonti. Después abrazó á Constanza, le dió un beso en la frente, y cayó muerta á sus pies.

¡Noble y generosa criatura, como había dicho muy bien el anciano Amidei!

Podemos terminar esta narración por medio de las mismas palabras de Sismondi. Hablando este historiador de las Repúblicas Italianas de la muerte de Buondelmonti, dice: “Cuarenta y dos familias del partido

guelfo, se unieron y juraron vengarle; corrió, en efecto, la sangre, y todos los días afligió á Florencia un nuevo asesinato, una nueva batalla, por espacio de treinta y tres años.”



PRIMERAS IMPRESIONES.

CUENTOS TRADUCIDOS
